



LA SOCIEDAD ACTUAL DE CAMBIO Y EL ROL DE LA MUJER A LAS PUERTAS DEL SIGLO XXI

Josefina Bilbao Mendezona

Agradezco que me hayan invitado a compartir con ustedes las reflexiones acerca de los cambios culturales y los desafíos que nos plantea el nuevo siglo, en el marco de este interesante Congreso.

Al reflexionar sobre lo que caracteriza a este fin de siglo, podríamos afirmar que estamos frente a un mundo nuevo, y en él, dos cosas son destacables: por un lado, que nos enfrentamos a un profundo cambio cultural, científico, social y económico como en la historia jamás había ocurrido en tan corto período de tiempo; y la segunda, es que la mayoría de nosotros estamos siendo directamente testigos de este cambio.

No cabe duda que el siglo que concluye nos presenta un panorama plagado de dudas, sospechas e incertidumbre, como también, de esperanzas y posibilidades. En nuestra época las sociedades enteras están en intensos procesos de cambio: se han derrumbado los totalitarismos y la democracia parece extenderse cada vez más por todo el planeta. Se aleja la posibilidad de una guerra nuclear, pero emergen nuevos y desconocidos conflictos. Se extienden cada vez más los procesos de urbanización que caracterizan la sociedad moderna, aunque no siempre acompañados de la existencia de condiciones adecuadas para la mayoría de la población y se expanden nuevas formas de violencia.

En definitiva, no sólo concluye un siglo, sino que también termina una manera, que fue predominante durante décadas, de concebir el mundo. Por ello, es necesario analizar desde una perspectiva ética el sentido de estos cambios y examinar críticamente los resultados que ellos tienen para el ser humano, la sociedad y el planeta en que vivimos.

Un gran historiador de este siglo, Fernand Braudel señalaba que nuestra época es demasiado rica en catástrofes, en revoluciones, en imprevistos y en sorpresas. Dos Guerras Mundiales, y en el último decenio, guerras provocadas por el auge de integrismos nacionalistas y por discriminaciones raciales que han desgarrado a la humanidad parecen darle la razón, a pesar de los deslumbrantes progresos realizados en otros campos.

Este siglo, más que ningún otro en la historia de la humanidad, ha registrado cambios profundos e irreversibles para la vida humana en todo el planeta. Las modificaciones, renovaciones, transformaciones y descubrimientos ocurren a un ritmo vertiginoso, tanto que hemos perdido la capacidad para seguir los cambios, comprenderlos y examinar sus implicancias éticas.

Sabemos que el mundo que vemos hoy, no será el mismo que el de mañana, pero no tenemos claro hacia donde nos dirigimos. Como dijo Einstein, “una máxima perfección en los medios y una máxima confusión en los fines caracteriza a nuestro tiempo”.

La idea de la “aldea global”, que surge en la década del sesenta, es hoy una realidad tangible y presente. El mundo es uno solo: nuestras vidas y nuestro desarrollo, con todo lo que ello implica, incluyendo sus problemas y dificultades, han adquirido una universalidad innegable. Gracias al gran avance experimentado por los medios de comunicación, y debido a la

creciente expansión de nuestros mercados, la globalización es un tema que necesariamente tiene una influencia decisiva en nuestra sociedad actual.

El fenómeno tecnológico ha transformado totalmente la vida cotidiana y está transformando las estructuras sociales y económicas en todos los países del mundo, porque la revolución tecnológica ha penetrado también la conciencia de los consumidores y ha provocado enormes mutaciones en las necesidades de extensas poblaciones en el mundo entero.

La gran modificación que señala la magnitud del nuevo desarrollo humano, es que la ciencia ahora es algo sin lo cual la vida cotidiana es inconcebible en cualquier parte del mundo. Dicho de otra manera, en la actualidad las innovaciones científicas, una vez logradas se traducen, casi inmediatamente, en tecnologías prácticas que no requieren de ningún tipo de comprensión por parte de los usuarios finales para serles útil.

El resultado ideal es un conjunto de botones, que sólo demandan ser presionados en los lugares adecuados, para activar un proceso automático que se autocorrije, e incluso, en la medida de lo posible, toma decisiones, sin necesitar nuevos aportes de las habilidades o inteligencia del ser humano medio.

Muchos de nosotros hemos sido testigos de la ampliación enorme del horizonte métrico del universo con el primer descenso en la luna en los años '60. Así también, somos testigos de los enormes avances en la ciencia genética, cuyas investigaciones se consideraron factibles en la práctica sólo en 1973; menos de 20 años después, en los '90, la biotecnología ya es una de las inversiones principales en medicina y agricultura.

Sin embargo, el progreso que nos trae esta modernización tecnocrática no ofrece posibilidades de realización del ideal de autonomía, así como tampoco del ideal de solidaridad. Lo más problemático de ello, es que ni la razón económica ni la razón política, ni el Estado ni el mercado, pueden suplir la pérdida de sentido vital, o del valor de la solidaridad y las carencias en el plano de la integración social y cultural que evidenciamos.

Por otro lado, el enorme desarrollo económico logrado en estas últimas décadas, no ha tenido en cuenta la devastación del medio ambiente ni ha tenido éxito en corregir los desequilibrios e inequidades que inducen la carrera imparable hacia el aumento de la productividad y el éxito de los modelos económicos que aseguren la implantación de la internacionalización y de la globalización de las economías locales.

Si analizamos los cambios desde el punto de vista de la calidad de vida, también podemos observar contradicciones profundas.

Podemos encontrar éxitos y signos de esperanza en áreas diversas, como la disminución de la mortalidad infantil, aumento de la esperanza de vida, mayor acceso a la educación para niños y niñas, y una producción mundial de alimentos que aumenta con más rapidez que la población, pero, por otro lado, los mismos procesos que son causa de esos adelantos han provocado tendencias negativas que el planeta no puede soportar por más tiempo.

En cifras absolutas, hay en el mundo más hambrientos que nunca, y su número sigue aumentando, al igual que el número de quienes no saben leer y escribir, y el número de los que carecen de agua pura o de viviendas seguras y adecuadas. Así mismo, la brecha que separa a las naciones ricas de las pobres se agranda cada vez más, y dadas las tendencias presentes, son escasas las perspectivas de que el proceso cambie de dirección.

Sin embargo, creo que no todo está perdido. También hay signos positivos de reacción a la situación descrita. Estos se encuentran en todos aquellos movimientos, que desde ya cierto tiempo, vienen haciéndose cargo de problemas como la calidad de vida, la ecología, la igualdad de derechos, la autorealización, la participación o la lucha por los derechos humanos y la paz, entre otros. ¡Allí se pueden estar incubando los síntomas de una nueva racionalidad, que necesita una mayor articulación teórica y social!

Este conjunto de profundas transformaciones ha tenido un impacto evidente en los grupos humanos, que los historiadores no vacilan en catalogar de “revolución social”. Es indudable que, si miramos retrospectivamente los primeros años de este siglo, percibiremos enormes diferencias en los comportamientos, costumbres e ideologías de los diversos grupos sociales de fines de los '90.

Uno de los cambios sociales más profundos registrados en este siglo es en la condición y la posición de la mujer en la sociedad, fenómeno que entrelaza los cambios políticos, económicos y tecnológicos, generando un verdadero cambio cultural.

La realidad social de las mujeres se ha modificado intensa y profundamente, sobre todo en aspectos relacionados con su incorporación al mundo del trabajo, con el ejercicio de su ciudadanía y el acceso a la educación; en la incorporación de la perspectiva de género en las políticas públicas y, en general, por el crecimiento a nivel mundial de la preocupación por el tema de la mujer.

En este siglo, por primera vez en la historia, el mundo entero reconoce la discriminación que sufren las mujeres en razón de su sexo y podemos ver que comienza un proceso universal de revisión y análisis de su situación en todos los países del mundo. Uno de los hitos más importantes que caracterizan este proceso ha sido la proclamación de la Convención sobre la Eliminación de todas las formas de Discriminación contra la Mujer, promulgada por las Naciones Unidas en 1979, y las diversas conferencias mundiales sobre la mujer realizadas a partir de 1976, la última de las cuales se realizó en Beijing en 1995.

Esta nueva visión del rol de la mujer en la sociedad ha tenido enormes repercusiones en el panorama social y cultural de nuestras sociedades, y ha hecho posible que un gran número de mujeres, que representan a la mitad de la humanidad, gocen hoy de derechos y oportunidades hasta ahora nunca logrados.

La mujer de hoy ha irrumpido en el ámbito público, dejando de lado los atavismos que señalan como su única función el ámbito privado y de la familia. Sin embargo, subsisten graves problemas que asientan sus orígenes en las intrincadas tramas de la discriminación, como son la escasa participación de la mujer en la toma de decisiones y gestión, la violencia intrafamiliar, las desigualdades en el acceso y en las condiciones de trabajo, al igual que la doble carga simultánea de un trabajo remunerado y las responsabilidades familiares y domésticas, entre otras.

Las mujeres se han incorporado masivamente al mercado del trabajo, situación que hasta hace pocas décadas era totalmente desconocida. De esta manera, surge para ellas la posibilidad de un nuevo horizonte de desarrollo personal y profesional, que les permite acceder a un mundo social y público al que históricamente no han tenido acceso.

Esto ha provocado cambios importantes en las relaciones sociales y en la relación entre hombres y mujeres, obligando a repensar los roles tradicionales que éstos han desempeñado a lo largo de la historia.

Ejemplo de ello son los profundos cambios experimentados en la familia, que ha tenido que adecuarse a un nuevo escenario en que sus miembros ya no cumplen roles específicos de acuerdo a su sexo, sino que deben complementarse y compartir las responsabilidades familiares que les competen mutuamente.

Hoy en día no es sostenible seguir pensando en los roles y responsabilidades de hombres y mujeres como compartimentos estancos. Cada día más, las funciones y responsabilidades que deben asumir los seres humanos, para lograr el progreso de las sociedades y el bienestar de las familias, deben ser compartidas por todos, independientemente de su sexo, como única forma de asegurar la igualdad de oportunidades.

En el ámbito de la educación, la mujer también ha logrado enormes avances. Si pensamos que en muchos países del mundo, hasta fines del siglo pasado o principios de éste, no tenían derecho a la educación, vemos que hoy ése ya no es un problema. El acceso, en la mayoría de los países del mundo, está asegurado tanto para los niños como para las niñas.

Sin embargo, la situación de la mujer en este ámbito se plantea algo contradictoria, porque si bien en términos de cobertura educacional no se aprecian grandes discriminaciones, el problema está presente a nivel de contenidos y metodologías educativas, en los cuales se ha identificado un conjunto de elementos que reproducen roles y concepciones discriminatorias de la mujer.

La educación sigue siendo lenta respecto a los cambios que se han ido produciendo en la sociedad. La incorporación masiva de las mujeres al sistema escolar no se ha traducido en una participación equitativa de ellas en los distintos niveles de la educación superior, ni en las estructuras económicas, sociales y políticas.

Respecto a la participación social de las mujeres y el ejercicio de su ciudadanía, estas comenzaron hace ya unas cuantas décadas a movilizarse y a exigir su participación y plena incorporación en todos los ámbitos de la sociedad.

Hoy es posible encontrar una gran cantidad de organizaciones femeninas o de mujeres individualmente participando en instancias sociales y políticas a la par con los hombres, lo que les ha permitido ejercer roles públicos inéditos en la historia.

Sin embargo, su participación en la toma de decisiones no ha aumentado, como sería de esperar, por su mayor inserción en otros ámbitos de la economía y la sociedad.

La presencia creciente de mujeres en el mundo del trabajo, en la educación y en las organizaciones sociales y políticas, no ha tenido una correspondencia en la redistribución de los roles sociales, de la riqueza y del poder entre los sexos. Por el contrario, tienden a reproducirse las tendencias históricas en las que la participación femenina ha estado tradicionalmente más cerca de la ejecución que de las decisiones.

El siglo XXI nos plantea el enorme desafío de restituir su sentido a los antiguos símbolos sociales, de poner término a las desigualdades y de abrir la amplia brecha de la igualdad de oportunidades; sin lo cual no nos será posible gozar y vivir una verdadera democracia. Las soluciones de los problemas que vive la humanidad no vendrán de la exacerbación del individualismo, sino de la colaboración y solidaridad de todos los miembros de la sociedad.

El siglo XXI, como ya lo hemos señalado, nos plantea una serie de contradicciones, dudas y esperanzas, que debemos ser capaces de analizar y comprender para poder dar un sentido claro al futuro.

Los seres humanos, hombres y mujeres en forma individual, y la sociedad en su conjunto, debemos ser capaces de enfrentar los desafíos y construir una nueva sociedad más humana, que no rechace el cambio, sino que lo impulse, lo juzgue y lo guíe en un sentido: la dignidad de la persona humana y su pleno desarrollo individual y social.